

# EL DERECHO A LA CIUDAD DESDE HENRI LEFEBVRE HASTA DAVID HARVEY. ENTRE TEORIZACIONES Y REALIZACIÓN

## THE RIGHT TO THE CITY FROM HENRI LEFEBVRE TO DAVID HARVEY. BETWEEN THEORIES AND EXECUTION

Jean-Pierre GARNIER\*

### RESUMEN

Este artículo de opinión confronta la concepción de Henri Lefebvre del “derecho a la ciudad” con la de David Harvey. Una confrontación que tanto o más que un ejercicio académico, tiene un sentido político. Tanto Lefebvre como Harvey asientan ese derecho en el contexto de una lucha teórica y práctica que ha de desarrollarse contra la urbanización capitalista y, sobre todo, contra el modo de producción que ésta contribuye a perpetuar. Este artículo sobre dos pensadores radicales de lo urbano pretende que el derecho a la ciudad no se quede en una “coartada, un deseo piadoso o una ficción” y desvela aportaciones y contradicciones del pensamiento de los dos autores analizados en torno a la cuestión básica del paso de la crítica a la acción: ¿qué hacer?

El pensamiento de Henri Lefebvre presenta un primer periodo en que interpretaba a la clase obrera como la punta de lanza de una revolución socialista que implicaba una reapropiación colectiva del espacio urbano; y un segundo donde se conformará con una visión “ciudadanista” del cambio social. Por su parte, Harvey define el derecho a la ciudad como el auge de una verdadera civilización urbana radicalmente diferente a la del modo de producción capitalista pero, en lo que se refiere a las vías y modos para alcanzarla, vuelve a invocar los “movimientos de ciudadanos” y también los “espacios de esperanza” y los “lugares alternativos” como los *squats*.

El autor del artículo denuncia que el actual retorno de un pensamiento crítico radical sobre lo urbano se desarrolla en ámbitos estrictamente académicos y aboga por comenzar a pensar cómo pasar de la teoría a la realización.

**Palabras clave:** derecho a la ciudad, urbanización capitalista, pensamiento radical urbano, transformación urbana, desposesión, reapropiación colectiva del espacio, utopía.

### ABSTRACT

This review compares Henri Lefebvre idea concerning the “right to the city” with David Harvey’s one. This comparison, rather than an academic practice, implies a political connotation. Both Lefebvre and Harvey consolidate this right in the context of the theoretical and practical struggle against capitalist urbanization that should be undertaken and, what is more, against the productive model that capitalist encourages to perpetuate. This article on two radical thinkers of the urban environment expects the right to the city not just to remain in “an alibi, a pious wish or fiction” and it reveals contributions and contradictions in both authors thought regarding the basic question on the transition from critic to action: What to do?

Henri Lefebvre thought presents a first period in which working-class is interpreted as the spearhead of a socialist revolution that implied a collective re-appropriation of the urban space; and a second one in which he is content with a “citizen” view of social change. Harvey, for his part, defines the right to the city as the peak of a real urban civilization, which is radically different from the capitalist productive model, but, as far as the methods to reach it are concerned, he re-invoke “citizen movements”, “spaces of hope” and “alternatives sites” like *squats*.

The author of this article claims that the current return of a critical and radical thought on the urban is being spread only in academic areas and defends that we should start to think about how to transit from theory to execution.

**Keywords:** right to the city, capitalist urbanization, radical urban thinking, urban transformation, dispossession, collective re-appropriation of space, utopia.

---

\* Jean-Pierre Garnier es doctor sociólogo, investigador jubilado del Institut Parisien de Recherche sur l'Architecture, l'Urbanisme et la Société (IPRAUS), laboratoire de recherche de l'École Nationale Supérieure d'Architecture de Paris-Belleville (Université Paris Est), associé au Centre National de la Recherche Scientifique (CNRS). Este texto desarrolla una ponencia del profesor Garnier presentada en el Coloquio internacional organizado por l'Université Paris-Ouest-Nanterre-La Défense « Henri Lefebvre : une pensée devenue monde ? », el día 27 de septiembre de 2011 en la sesión « Droit à la ville et justice spatiale » con el significativo título « De quel(s) droit(s) parle-t-on ? Le droit à la ville de Henri Lefebvre à David Harvey ».

Confrontar la concepción de Henri Lefebvre del “derecho a la ciudad” con la de David Harvey no puede limitarse a un ejercicio escolástico. En el plano que me interesa, esta confrontación tiene un sentido político, y no sólo académico, a condición de que sobrepase el ámbito de la interpretación del mundo para abordar el de su imprescindible transformación. De hecho, tanto Lefebvre como Harvey inscriben la afirmación y la reivindicación de ese derecho en un combate a la vez teórico y práctico que debe desarrollarse contra la urbanización capitalista y, más aún, contra el modo de producción que ésta contribuye a perpetuar. O sea, que no voy a consagrar el ya bastante reducido tiempo de palabra que me ha sido concedido a glosar el “derecho a la ciudad” comparando las definiciones que proponen Lefebvre y Harvey, sino que me ocuparé de lo que, en los escritos de estos dos pensadores “radicales” de lo urbano, puede ayudar a procurar que este derecho no se quede en una coartada, un deseo piadoso o una ficción y, por tanto, intentaré ayudar a encontrar respuesta a una pregunta que, a menudo, en los cenáculos universitarios, se considerada desviada del tema: “¿Qué hacer?”

Lo diré ya mismo: en materia de respuestas, uno se encuentra frecuentemente frente a evasivas o generalidades. Como todo el mundo sabe, los análisis desarrollados por H. Lefebvre y D. Harvey, a pesar de estar ambos ubicados en la herencia marxiana, tienen enfoques bastante diferentes (uno con una predominancia filosófica y sociológica, el otro privilegiando un prisma geográfico y económico), si bien ambos han permitido evidenciar las lógicas, mecanismos y procesos que orientan la producción, la organización, el funcionamiento y el uso del espacio -en particular, el espacio urbano- bajo el régimen capitalista, así como sus efectos, a menudo negativos, para las clases populares. En cambio, sus trabajos me saben a poco -y no soy el único- en lo que se refiere a las vías y los medios que permitirían, a falta de ponerle fin, al menos, debilitar ese régimen, aunque sólo fuere en el frente urbano.

En el caso de Henri Lefebvre, creo que hace falta distinguir dos periodos: un primero en que, como muchos intelectuales de izquierda, veía -o creía ver- en la clase obrera la punta de lanza de una revolución socialista que implicaba, en relación con la movilización de los otros ciudadanos de los barrios populares, una reapropiación colectiva del espacio urbano; y un segundo donde, habiendo faltado el proletariado a la cita histórica que imprudentemente le había fijado la *intelligentsia* progresista, Lefebvre se conformará con una visión “ciudadanista” del cambio social, dejando la puerta abierta a todas las recuperaciones y falsificaciones: el “ciudadano” ya no sería más que una de las facetas de un individuo con pertenencias múltiples, desconectado de las relaciones sociales de dominación y de explotación, cuya pluralidad identitaria supuestamente abriría un “campo de posibilidades” tan infinito como indefinido.

Antes que la izquierda institucional llegase al poder en el 1981, H. Lefebvre imaginaba con muchos otros que correspondería a la misma clase obrera llevar a cabo la transformación radical de las relaciones sociales, mientras que, por su parte, los partidos de izquierda deberían apoyarse en el proletariado y apoyar la movilización de éste para cumplir aquella tarea referida no sólo al mundo del trabajo, sino a la vida cotidiana en su conjunto y, por consiguiente, a ese ámbito un poco desatendido por la tradición marxista: lo urbano. “Sólo la clase obrera

puede dedicar su actividad social y política a la realización de la sociedad urbana”, “sólo la clase obrera puede volverse el agente portador o el soporte social de la realización del derecho a la ciudad”, se podía leer, por ejemplo, en el libro que Lefebvre había dedicado a la promoción de este último<sup>1</sup>. Como parte de “la toma de poder por el pueblo”, el combate de los habitantes para reapropiarse colectivamente del espacio permitiría, según Lefebvre, “con y para la clase obrera, llevar a buen término la lucha de clases”<sup>2</sup>. En aquella época, entre los teóricos y militantes marxistas franceses, se glorificaban las “luchas urbanas”, es decir las movilizaciones por la vivienda, los equipamientos o el medio ambiente, o contra la especulación inmobiliaria y el urbanismo tecnocrático, luchas vistas como señales de apertura de un nuevo frente en la lucha anticapitalista, mientras que sus homólogos reformistas, los futuros social-liberales, las clasificaban entre los “nuevos movimientos sociales” que, pretendiendo “cambiar la vida” -y la ciudad, en este caso- sin que hiciese falta cambiar de sociedad, supuestamente dejarían trasnochada aquella lucha. Ahora bien, lo cierto es que aquellas movilizaciones no lograron en ningún lugar modificar profunda y duraderamente la relación de fuerzas entre dominantes y dominados.

Poco después, el propio Lefebvre tendría que admitir que “la burguesía desarrolla su lucha por el espacio y en el espacio conservando la iniciativa”<sup>3</sup> y que, paralelamente, “la clase obrera no ha respondido a las esperanzas que uno -es decir, los intelectuales progresistas- había colocado en ella”. En 1975, en un libro cuyo título hubiera podido aplicarse a parte de su obra, “El tiempo de los errores”, Lefebvre descubría, con un sentido obvio de la litote, que “no es cierto que el proletariado haya cumplido la misión histórica que Marx le había encargado”. A finales de su vida, en una entrevista que será su última publicada, H. Lefebvre señalaba su desconcierto frente al fracaso del gran sueño progresista de la emancipación humana: “A principios de siglo, se imaginaba que sería la clase obrera la que realizaría la unificación del mundo. Pero eso no ha ido así. Son el capitalismo y el mercado quienes han producido la mundialité. La revolución está por reinventar y el partido, por rehacer...”<sup>4</sup> (¡Con el riesgo, para todos los que todavía creen que una revolución social es deseable y posible, de ser timados por dicho partido...!).

Dicho esto, la constatación desencantada de Lefebvre lleva a plantear, veinte años después, una pregunta que ya no se puede eludir: ¿sobre qué base apoyar una crítica radical del orden social, en general, y del (des)orden urbano, en particular, sin tener un “movimiento real” -como llamaba Marx al que “aboliese el orden existente”- al que referirse (yo diría al que engancharse) ni alternativa que oponer y proponer?

---

1 Henri Lefebvre, «Le droit à la ville», Anthropos, 1968.

2 Henri Lefebvre, «La pensée marxiste et la ville», Castermann, 1972.

3 Henri Lefebvre, «La production de l'espace», Anthropos, 1974.

4 Patricia Latour, Francis Combe, «Conversation avec H. Lefebvre», Messidor, 1991.

Para saber más acerca del tema, recurrí al geógrafo David Harvey que, como ustedes saben, se encarga con algunos otros del otro lado del Atlántico, tanto al Norte (Edward Soja, Don Mitchell, Neil Smith...) como al Sur (Grupo de estudios de Sao Paulo, representado aquí por Ana-Fani Alessandri Carlos), de preservar, profundizar y actualizar la herencia teórica y analítica lefebvriana sobre la dimensión de clase de la realidad urbana.

En un artículo reciente significativamente titulado “El derecho a la ciudad”, Harvey define éste como “el poder colectivo de remodelar los procesos de urbanización”, susceptible de promover el desarrollo de nuevos “lazos sociales” entre ciudadanos, de una nueva “relación con la naturaleza”, con nuevas “tecnologías”, nuevos “estilos de vida” y nuevos “valores estéticos”, a fin de “hacernos mejores”<sup>5</sup>. Se trata, pues, en pocas palabras, del auge de una verdadera civilización urbana radicalmente diferente -por no decir opuesta- a la del modo de producción capitalista. Pero D. Harvey resulta impreciso e incierto en lo que se refiere a las vías y modos que permitirían alcanzar esto. Se contenta con evocar ritualmente, como hacía Lefebvre unos cuarenta años antes, los “movimientos de ciudadanos” que se oponen o reivindican, y los “espacios de esperanza” constituidos por los lugares alternativos donde, con o sin la ayuda de ciertas autoridades locales, se experimentan otras maneras de practicar el espacio urbano, maneras que Harvey, como Lefebvre, califica de “utopianas”. Con todo, salvo, como máximo, de manera puntual, superficial, efímera y, lo más a menudo, en una posición defensiva, ni unos ni otros han logrado hasta hoy impedir que se siga imponiendo la lógica de clase que orienta la urbanización.

Insiste Harvey, por un lado, en los comités de barrios y otras asociaciones de vecinos movilizadas contra los proyectos urbanísticos oficiales o por reivindicaciones de vivienda, equipamientos o medio ambiente, como en la “Belle Époque” de la “contestación” en Francia. Pero ya sabemos lo que eso ha dado de sí. Incluso en América Latina (Argentina, Brasil...), donde se consiguieron algunas concesiones en materia de vivienda, de equipamientos o de ordenación de los espacios públicos en zonas de hábitat popular, no se puede decir que haya disminuido el poder de las clases dirigentes de modelar a su antojo el espacio urbano.

Por otro lado, D. Harvey cree discernir en los “lugares alternativos”, tales como los *squats* autogestionados por miembros más o menos rebajados de la pequeña burguesía intelectual, el germen de un cuestionamiento práctico y general del dominio del capital sobre la ciudad. Aquí también Harvey toma sus deseos por realidades. Con una cierta candidez, considera como prometedor el apoyo proporcionado a algunos *squats* con vocación artística por municipalidades ilustradas e innovadoras preocupadas por mantener y, a la vez, renovar la

---

<sup>5</sup> David Harvey, “The Right to the City”, en *Monthly Review*, 2008. Existe una edición española: “El derecho a la ciudad”, «*New Left Review*», nº 53, diciembre 2008, pp. 23-39, también en <http://newleftreview.es/?issue=53>).

“identidad” y la “autenticidad” de ciertos barrios. Según él, esas experiencias vendrían, de parte del capital, a apoyar “desarrollos culturales divergentes y, en cierta medida, incontrolables, potencialmente opuestos a su buen funcionamiento”<sup>6</sup>. Sin embargo, ¿no se trata de una eventualidad ilusoria?

La experiencia nos muestra qué resultó efectivamente de esta dialéctica del desvío y de la recuperación. Lejos de subvertir el orden mercantil, los creadores más “iconoclastas”, ya fuesen pintores, escultores, diseñadores gráficos, cineastas, fotógrafos o músicos, acabaron por integrar la multitud de los “rebeldes desahogados” cuyo anticonformismo de marca registrada impide que la cultura dominante se debilite. Diga lo que diga D. Harvey (quizás engañado, como tantos profesores de universidad, por visitas turísticas rápidas y guiadas por colegas de otros países, en Barcelona o Porto Alegre, como antaño otros en “Bolonia la Roja” o en el “laboratorio urbano autogestionado” de Grenoble), por el momento, las “luchas generalizadas [...] oponiendo la creatividad artística a la apropiación capitalista” bien parecen pertenecer al pasado. Lejos de “conducir a una parte de esta comunidad preocupada por las cuestiones culturales a emprender una política de resistencia al capitalismo multinacional”, estos “lugares alternativos” donde se hace alarde de rehabilitar “estos valores que son la autenticidad, lo local, la historia, lo cultural, la memoria colectiva y la tradición” no han abierto, ni mucho menos, un gran “espacio favorable al pensamiento político y a la acción, un espacio en el seno del cual las alternativas pueden concebirse y concretarse”<sup>7</sup>.

Claro que algunos han podido funcionar así pero, desde Berlín hasta Copenhague pasando por Torino o Tolosa, como focos de desorden, no tardaron en ser erradicados bajo los pretextos más diversos (insalubridad, toxicomanía, molestias a los vecinos, terrorismo...). Hoy en día, con la intensificación de la represión, los *squats* con objetivos abiertamente políticos de inspiración anarquista no duran mucho. Otros, con objetivos exclusivamente artísticos o socio-culturales, se han institucionalizado y normalizado, beneficiándose de autorizaciones y, a veces, de subvenciones públicas e incluso de mecenazgo privado. Con el acuerdo de los “artistas rebeldes”, aunque sea tácito, las “fuerzas progresistas de la cultura” están hoy menos que nunca en condiciones de impedir al capital apoderarse y sacar provecho de ésta. En contra del deseo (¿piadoso?) de D. Harvey, la “construcción de una mundialización alternativa” en estos “espacios de esperanza” se sigue haciendo esperar.

Con realismo, el mismo D. Harvey reconoce simultáneamente que “la idea de que la ciudad podría funcionar como un cuerpo político colectivo, un lugar

---

<sup>6</sup> David Harvey, «Géographie de la domination», Les prairies ordinaires, 2008.

<sup>7</sup> *Ibid.* Se trata de los lugares donde se desarrolla, según Harvey, una visión alternativa del mundo, un espacio para los movimientos contestatarios que se oponen a una forma de globalización, como Porto Alegre. Su propósito está resumido en «Geografía de la dominación»: “Es éste el espacio que los movimientos contestatarios deben explorar y cultivar intensamente. Es uno de los principales espacios de esperanza abiertos a la construcción de una globalización alternativa. Una globalización donde serían las fuerzas progresistas de la cultura quienes se apropiarían del capital y no a la inversa”.

donde y de donde los movimientos progresistas podrían surgir, no parece plausible”, si bien, a continuación, trata de suavizar el pesimismo que podría resultar de esta constatación, invocando el esfuerzo de estos mismos movimientos sociales para que las cosas vayan de otra manera<sup>8</sup>. “Globalmente, plantea Harvey en otro artículo, hemos cedido a los terratenientes, a los arrendadores, a los promotores, a los capitalistas de las finanzas y al Estado nuestro propio derecho individual a crear una ciudad conforme con nuestros deseos. Ésos son los actores primordiales que, antes que nosotros y por nosotros, dan forma a nuestras ciudades y, a través de ello, nos dan forma. Hemos renunciado a nuestro derecho a darnos forma a nosotros mismos, en provecho de los derechos del capital a darnos forma”<sup>9</sup>. Ahora bien, apunta Harvey no sin humor, “los resultados no son muy satisfactorios”. Pero no basta, según él, “comprender dónde y cómo hemos sido transformados”. So pena de caer en una delectación triste, antídoto irrisorio contra el desaliento nacido de la impotencia, haría falta también tratar de “comprender adónde podríamos ir y qué podríamos aspirar colectivamente”. El problema es que D. Harvey se queda en vaguedades o se contenta con generalidades en lugar de llevar más adelante una reflexión que concretase su pensamiento sobre el tema. Y es casi mudo en cuanto a la estrategia de lucha que debería escogerse.

Acerca del primer punto, Harvey pone una vez más sobre el tapete la cuestión constante de lo que podría ser “el espacio urbano después del capitalismo”, para retomar el título de un capítulo de “Spaces of hope”<sup>10</sup>. Esta cuestión había sido ya planteada por H. Lefebvre, para quien “una sociedad que se transforma caminando hacia el socialismo no puede aceptar (ni siquiera en el transcurso del periodo de transición) el espacio producido por el capitalismo. Aceptarlo, como aceptar la estructura política y social existente, es correr hacia el fracaso”<sup>11</sup>. Sin embargo, la respuesta de este último no satisface a D. Harvey. Lefebvre, en efecto, desconfía de los modelos de un orden espacial ideal elaborados ex nihilo, de las utopías urbanas, de las ciudades perfectas y otras “cités radieuses” salidas de una espacialidad racionalizada, aunque fuese por la buena causa de la emancipación. Ahora bien, Harvey interpreta como un escape este rechazo de Lefebvre a “construir un proyecto utopiano explícitamente espacio-temporal”, a enfrentarse al problema de la materialización de este espacio alternativo so pretexto de dejar la puerta abierta a la posibilidad de experimentar una infinidad de formas espaciales<sup>12</sup>. Así, Lefebvre y quienes le siguieron, afirma Harvey, han “dejado el concepto de utopía en el estado de significante puro, desprovisto de cualquier referente material en el mundo real”. Y replica: “Sin una visión de la utopía, no hay ningún medio para definir la destinación hacia la cual

---

<sup>8</sup> *Ibid.*

<sup>9</sup> David Harvey, «Spaces of global capitalism», Verso, 2006.

<sup>10</sup> David Harvey, «Spaces of hope», Edinburgh University Press, 2006.

<sup>11</sup> Henri Lefebvre, “L’espace: produit social et valeur d’usage”, en «La nouvelle revue socialiste», n° 18, 1976. Subrayado de Lefebvre.

<sup>12</sup> David Harvey, «Spaces of hope», *op.cit.*

queremos embarcarnos”<sup>13</sup>. Llega a decir que “la construcción de una forma de urbanización propiamente socialista es tan necesaria para esta transición hacia el socialismo como lo fue la emergencia de la ciudad capitalista para la supervivencia del capitalismo”.

Sin embargo, seguimos esperando que Harvey precise lo que entiende concretamente y, podría decirse, “sobre el terreno” por “forma de urbanización propiamente socialista”. Claro, es lógico afirmar que “pensar las vías de la urbanización socialista equivale a enunciar las condiciones de la misma alternativa socialista”. Pero limitarse a concluir de eso, sin ir más allá de la afirmación: “éste es el objetivo que debe fijarse la práctica revolucionaria”<sup>14</sup>, parece, a pesar de todo, un poco escaso. Suena más como un eslogan que como un eje de investigación. Por ello, quizás sea hora de volver a pensar, tanto en el ámbito urbano como para la sociedad en su conjunto, cuál podría ser semejante alternativa y, al tiempo, qué podría constituir hoy día una “práctica revolucionaria”, lo que vuelve a llevarnos al problema de la estrategia.

Si D. Harvey se muestra prolijo para celebrar el auge deseado de una verdadera civilización urbana radicalmente diferente de aquella producida por el modo de producción capitalista, por el contrario, resulta evasivo y huidizo acerca de los medios que permitirían hacerla eclosionar. Por cierto que Harvey, al fin de su artículo sobre el derecho a la ciudad, reitera que “es imperativo trabajar en favor de la construcción de un movimiento social amplio para que los desposeídos puedan volver a tomar de nuevo el control de esta ciudad de la cual están excluidos desde hace mucho tiempo”. Y, después de Henri Lefebvre y citándolo, concluye que “la revolución debe ser urbana, en el sentido más amplio del término, o no será”<sup>15</sup>. Pero...¿y qué más?

Si esas palabras tuviesen otro significado que el retórico, dejarían entender que la apropiación popular efectiva del espacio urbano y el poder colectivo de reconfigurarlo, que define el derecho a la ciudad según el mismo D. Harvey, no se realizarán sin violencia, no por parte de las clases dominadas sino de la clase dominante. “Una transformación de la sociedad, afirmaba ya H. Lefebvre, supone la posesión y la gestión colectivas del espacio, a través la intervención perpetua de los ‘interesados’, con sus intereses diversos e incluso contradictorios, por lo tanto, la confrontación”<sup>16</sup>. Entiéndase en primer lugar confrontación con los poseedores, pues éstos no dejarán de resistir económica e institucionalmente, primero, (con la ayuda, asimismo, de los medios que controlan) y, en última instancia, acudiendo a sus llamadas fuerzas del orden. Es ilusionarse, en efecto, suponer que la burguesía se dejaría desposeer pacíficamente del poder de modelar la ciudad según sus

---

<sup>13</sup> *Ibid.*

<sup>14</sup> *Ibid.*

<sup>15</sup> David Harvey, “Le droit à la ville”, en «Revue internationale des livres et des idées», n° 8, janvier-février 2009.

<sup>16</sup> H. Lefebvre, «La production de l’espace», Anthropos, 1974.

intereses. Por cierto, a riesgo de escandalizar a algunos, no puedo evitar recordar la célebre advertencia del Presidente Mao: “la revolución no es una cena de gala”.

Desde luego, D. Harvey habla de “confrontación entre poseedores y desposeídos”, y afirma que “las métrópolis se han vuelto un punto conflictivo mayor de la acumulación por despojo impuesta a los menos poderosos por el impulso de los promotores que pretenden colonizar el espacio para los ricos”. Harvey llega incluso a preconizar “una lucha global, principalmente contra el capital financiero, ya que es la escala en que se efectúan actualmente los procesos de urbanización”<sup>17</sup> y añade una pregunta irónica que puede parecer provocadora en estos tiempos de consenso: “¿nos atravesaremos a hablar de lucha de clases?” Pero la osadía del geógrafo radical se detiene aquí: es puramente verbal. No parece que se le haya ocurrido a David Harvey la idea de que esa “confrontación”, esa “colisión”, esa “lucha” puedan dar un giro violento.

¿Quién afirmó varias veces triunfalmente: “Hay una guerra de clase, pero es mi clase, la clase de los ricos, la que ha declarado esta guerra y estamos al punto de ganarla”? Warren Buffet, una de las más grandes fortunas del planeta<sup>18</sup>. De hecho, debemos admitir que, en el frente urbano, la clase que detenta “el poder de remodelar los procesos de urbanización”, tomando la formulación de D. Harvey, es la burguesía, ahora transnacionalizada. Con la mediación de los poderes públicos a nivel central y, sobre todo, local (entre los cuales figuran los alcaldes rodeados de sus ingenieros, economistas, urbanistas y arquitectos, por no mencionar sus investigadores en ciencias sociales), ella está llevando a cabo una reestructuración y reordenamiento permanentes de los territorios urbanos que van a la par de las transformaciones de la dinámica del capitalismo.

En el marco de una entrevista con David Harvey en octubre 2010<sup>19</sup>, le planteé la cuestión que sigue: “¿Cree usted que las clases dirigentes que, hasta hoy, tienen el ‘poder de actuar sobre las condiciones generales que configuran los procesos de urbanización’, según su definición del derecho a la ciudad, aceptarían sin reaccionar ser desposeídas de este poder bajo la presión popular? Semejante perspectiva, he añadido, implicaría que serían también despojadas del poder de actuar sobre las condiciones generales que determinan no sólo estos procesos urbanos sino también muchos otros. En pocas palabras, significaría que consentirían en ser privadas de su poder económico y político, esto es, en dejar, finalmente, de ser clases dirigentes. ¿No es esto un sueño, por no decir una hipótesis irrealista sino absurda?” “No puedo contestarle”, me dijo Harvey. “¿Por qué?”, pregunté yo. “Porque ésta es una pregunta que no se me ha planteado nunca”, lo que dice mucho del tipo de interlocutores con que D. Harvey suele tratar. ¿Quiere decir esto que el “derecho a la ciudad” está condenado a ser solamente un tema de debate académico?

<sup>17</sup> David Harvey, “Le droit à la ville”, *op. cit.*.

<sup>18</sup> «CNN», 25 de mayo de 2005 y «New York Times», 26 de noviembre de 2008.

<sup>19</sup> Entrevista realizada para la revista on-line «Article 11», aún no publicada.



¿Para qué sirve entonces el retorno de un pensamiento crítico radical de lo urbano si éste no tiene impacto sobre la realidad social de la ciudad? ¿Por qué y para qué criticar la urbanización capitalista, si esto no desemboca en una puesta en tela de juicio efectiva, es decir en los hechos y no sólo en las palabras, del sistema social que produce esta urbanización? Además, repetir, como Harvey y otros, que “el control colectivo del empleo de los excedentes en los procesos de urbanización debe volverse uno de los puntos principales de focalización de las luchas políticas y de la lucha de clases” no tiene sentido si no se procura, primero, hacer este control efectivo, controlar la producción de estos excedentes, es decir, controlar los medios de producción y de intercambio, lo que conllevaría poner fin a la explotación y, por lo tanto, desposeer a los poseedores.

Un periodista de «Le Monde diplomatique», en un artículo incisivo donde constataba y deploraba la ausencia de lazos entre “manifestaciones populares y análisis eruditos”, se preguntaba cuáles serían los medios de “conciliar cultura científica y cultura política”<sup>20</sup>. Y no parecía hacerse muchas ilusiones. “Organizar a las masas, invertir el orden social, tomar el poder aquí y ahora: estas problemáticas comunes a los revolucionarios” de los dos siglos pasados son “insolubles en la investigación universitaria -y eso admitiendo que puedan encontrar algún día su sitio en ésta”.

En este siglo incipiente, mientras la crisis del capitalismo no deja de agravarse y las condiciones de existencia de las clases populares no cesan de deteriorarse, sería quizás urgente volver a enlazar la teoría con la práctica. Seguro que se puede seguir haciendo carrera en la crítica de la urbanización del capital, como lo hacen desde años los economistas marxistas que toman como blanco el modelo socio-económico neo-liberal, sin que esto se articule mínimamente con el descontento creciente de las clases dominadas para convertirlo en una fuerza política capaz de poner en marcha una contraofensiva. Con todo, se puede sugerir, parafraseando a Marx, que los críticos profesionales “radicales”, que hasta ahora no han hecho más que interpretar el mundo urbano, se dignen a pensar la manera de transformarlo; en síntesis, a pensar cómo pasar de las teorizaciones a la realización.

---

<sup>20</sup> Pierre Rimbart, “La pensée critique prisonnière de l’enclos universitaire”, «Le Monde diplomatique», enero de 2011.